

Mi amigo Jens

Me pregunto si a lo largo de mi vida siempre me ha preocupado lo bastante nuestro planeta.

Desde que era una enana, algunas cosas me llamaban la atención, como las ingentes cantidades de basura que producen las ciudades. De joven, en Sevilla, recuerdo costumbres medievales. Por increíble que ahora nos parezca, tirar la basura al suelo en los bares ¡era casi una tradición! ¿Servilletas, huesos de aceitunas, palillos de dientes, colillas? Los parroquianos allá que iban, despreocupados y entretenidos en sus corrillos. En esos suelos de las bodegas sevillanas era habitual esparcir serrín para facilitar el barrido. Ah, y había escupideras. Sí, justamente, para hacer eso que os estáis imaginando... ¡Puaj!

Estaréis pensando: ¿pero esta tía de dónde sale? ¿Del jurásico? Ay, sí, un poco entrada en años sí que estoy, aunque os juro que todavía no confundo fechas ni nombres. Pero venga, no nos desviemos: quería escribir sobre la importancia del medio ambiente en mi vida.

Reconozco que a veces los niveles de ecologismo chocaban con los límites de mis fuerzas. Me refiero a la etapa de reproducción, vamos, cuando los niños eran pequeños. ¡Qué fácil es decir que hay que usar pañales lavables y limpiar los culitos con una esponja! Cuando los mocosos no te dejan dormir y sientes que te chupan la fuerza, los nervios y la moral, vuelves a lo sencillo: productos consumibles. Pero, aparte de esa agotadora fase, recuerdo que la educación de mis churumbeles me hizo reflexionar mucho, sobre todo al responder a sus innumerables preguntas. Y tanto estas como aquellas (mis respuestas) fueron haciéndome pensar, en un proceso que no se detiene. Al final, ¡son también los hijos los que nos enseñan! Los mismos a los que culpé de mi debilidad de antes.

Hace un año empezó otra nueva fase: mis hijos abandonaron el nido y yo me mudé a un piso más pequeño. Ante mi nueva «libertad», decidí que había llegado la hora de dar otra vuelta de tuerca. Desaparecieron las servilletas y los pañuelos de papel, por no hablar de las bolsas de plástico y el aluminio. También he adoptado hábitos de consumo más ecológicos: compro productos a granel en los comercios de mi barrio, bebo agua del grifo, soy miembro de una secta, perdón, de una cooperativa que me abastece casi todo el año de verduras cultivadas en la región y evito la carne. La guinda sobre el pastel es una pequeña victoria: he conseguido que el edificio de pisos donde vivo tenga un cubo de basura especial para restos orgánicos.

Le he puesto de nombre Jens.